

do de aquí á cinco minutos poder venir á daros noticias del otro mundo, le dijo Fieschi.

Estas fueron sus últimas palabras. Tendióse él mismo sobre la báscula como si desease precipitar su muerte.

Vióse claramente que era el que habia mostrado menos ánimo de los tres.

He aquí la parte que cada uno de ellos habia tenido en el crimen:

Pepino habia dado el dinero para alquilar el cuarto.

Morey habia fabricado la máquina infernal y cargado los fusiles.

Fieschi habia prendido fuego.

Dos dias despues, la plaza de la Bolsa estaba escombrada de curiosos que se apiñaban á la puerta de un café: iban á ver á Nina Lassave, la querida de Fieschi, con quien el dueño del establecimiento habia celebrado una contrata, colocándola en su despacho.

Uno de los caracteres mas marcados del reinado de Luis Felipe fué esa vergonzosa especulacion, de la cual el hecho que acabamos de citar no es uno de los mas tristes ejemplos.

CAPÍTULO XV.

MIENTRAS trascurrian los acontecimientos que acabamos de narrar, M. Thiers habia quebrado con M. Guizot y llegado á ocupar la presidencia del consejo.

Sin embargo, el primer ministerio tal cual lo habia establecido M. Thiers, se habia desecho por una calaverada de Humann que subitamente habia propuesto en pleno consejo la reduccion de la deuda.

Dos dias despues de la muerte de Fieschi y de sus cómplices, es decir, el 22 de Febrero de 1836, el ministerio quedó reconstituido del modo siguiente:

- M. Thiers, ministro de relaciones exteriores y presidente del consejo.
- M. Sauzet, guardasellos, ministro de justicia.
- El conde de Montalivet, ministro del interior.
- M. Passy, ministro de comercio y de trabajos públicos.
- M. Pelet, ministro de instruccion pública.
- M. d'Argont, ministro de hacienda.
- El almirante Duperré, ministro de marina.
- El mariscal Maison, ministro de la guerra.

Al entrar en su ministerio la primera noticia que supo M. Thiers fué la violacion de los tratados de Viena con respecto á Cracovia.

Cracovia, ciudad libre, independiente, estrictamente neutra, en la que, bajo ningun pretesto, podian introducirse fuerzas militares, acababa de ser invadida, primero por los austriacos, despues por los rusos y en seguida por los prusianos.

La ocupacion se habia verificado el dia 17: M. Thiers entraba al ministerio de relaciones exteriores el 22.

M. Thiers dejó que ocupasen á Cracovia.

Entretanto, lord Palmerston invitaba á M. Thiers á que interviniese en los negocios de España, ya que no lo hacia en los de Polonia. Nada habia deseado tanto M. Thiers como intervenir en España. Iba, pues, á apresurarse á ponerlo en obra.

El espanto de lord Palmerston debió llegar hasta el pasmo cuando M. Thiers respondió á su insinuacion con una repulsa.

M. Thiers pertenecia en cuerpo y alma de aquí en adelante á la política continental.

De dónde venia este cambio de partido?

Vamos á decirlo.

Se queria seguir el ejemplo de Napoleon, en lo que habia perdido Napoleon.

Se queria casar al duque de Orleans con una archiduesa.

Hablaron á MM. de Werther y á d'Apponi de un viage de los príncipes á Alemania; pero no se les dijo mas.

Pero los embajadores que comprenden las medias palabras, respondieron que el duque de Orleans seria perfectamente bien recibido, y con esto partió con el duque de Nemours, llevando consigo una caja llena de tabaqueras y de retratos; las tabaqueras con cifras, y los retratos con cercos de diamantes.

Antes de su partida, yo tuve el honor de pasar una hora con él y me enseñó todas estas maravillas diplomáticas que acababa de llevarle Bajos, su joyero.

Los dos príncipes comenzaron por la Prusia, en la que fueron admirablemente recibidos. Esto es muy sencillo.

A los cortesanos llevaban diamantes y cruces.

A los pueblos presentaban en su persona la imágen viva de la revolucion.

De Berlin pasaron á Viena.

Se recuerda al duque de Orleans, hermoso, espiritual, afable, lleno de atractivo cuando queria agradar, y hablando, como el frances, cuatro ó cinco idiomas vivos.

Todas las mujeres de Berlin se volvieron locas por él; todas las mujeres de Viena se le apasionan tambien.

La eleccion del duque de Orleans se fijó en la hija del archiduque Cárlos, en la princesa Teresa.

El archiduque Cárlos ha sido vencido tantas veces por nosotros, que casi es popular en Francia.

Un dia, en un rincon del salon imperial, los hijos del archiduque Cárlos, rodeaban al jóven duque de Reiehstadt, y se desfallecian de risa.

—Qué haceis, pues, allá, muchachos! gritó desde el otro extremo del salon el archiduque Cárlos.

—Oh! papá! respondió el mayor de los hijos del archiduque, es que Reiehstadt nos cuenta como su padre os vencia siempre. Eso es graciosísimo.

Era sin dudo muy divertido, y solo indicaba que el duque de Reiehstadt sabia de ello una historia mas larga de lo que se creia.

¡Pobre duquesito! ¡tal vez haya pagado bien caro las carcajadas de sus primos.

El duque de Orleans, pues, habia puesto los ojos en la princesa Teresa, hija del archiduque Cárlos. Por su parte él habia agradado á la princesa, como tambien al archiduque.

Desgraciadamente la persona á la que era necesario agradecer, antes que á ninguna otra, era la archiduquesa Sofía, y el modo á la verdad de agradecerla, era el de agradecer á la princesa Teresa.

El matrimonio tuvo mal éxito.

M. de Metternich, fué encargado para buscar á esta negación una razón plausible.

—Es imposible, dijo, el esponer á una princesa austriaca, á montar en un coche al través del cual pasan á cada instante balas de pistola.

Los jóvenes príncipes partieron para Italia, en donde contaban permanecer durante algunos meses, cuando les llegó la noticia de que el rey acababa de escapar, con su fortuna acostumbrada, de una nueva tentativa de asesinato.

El tiro había sido disparado tan de cerca, que el taco había quedado entre los cabellos del rey.

La duda sobre la identidad del asesino no duró mucho tiempo.

Un guardia nacional le había visto apuntar al rey y había él mismo compuesto el cañón del fusil.

Este guardia nacional era el armero Devisne, y aquel bastón-fusil del que el asesino acababa de hacer uso, acaba de salir de su armería.

El asesino ni aun había tratado de huir. Devisne le saltó al cuello.

—Oh! el desgraciado, exclamó, yo sé bien quien es; se llama Luis Alibaud, y de mi casa es de donde ha tomado el arma de que acaba de hacer uso.

Aquel cuyo nombre acababa de denunciar Devisne, era un joven de veintiseis años que, por un contraste bizarro, casi increíble, ofrecía un aspecto lleno de gracia y dulzura. Su rostro era hermoso y elegantemente colocado entre unos cabellos flotantes y una barba negra. Sus ojos azules ofrecían á un mismo tiempo, una singular mezcla de fuerza y melancolía, y lejos de parecer conmovido en aquel momen-

to terrible, ni los golpes, ni las amenazas, ni las injurias pudieron hacer desaparecer de sus labios la sonrisa grave y desdeñosa que los entreabría.

Se le registró, y no se le encontró mas que un peine, dos pipas, un paquete de tabaco para fumar y veintitres sueldos.

Al ver esta pobre suma, un coronel creyó, sin dudarlo, que la necesidad tenía alguna parte en el crimen.

—Mónstruo! le dijo, no había mas sino que me hubieras dicho que tenías necesidad de dinero, que te hubiera dado.

—Dinero! respondió Alibaud, yo no mendigo; lo gano, y aquel que me impide ganarlo le mato.

Es una señal fatal para las monarquías de que su hora ha llegado, el que los hombres como Morey ó como Alibaud se hagan asesinos.

Alibaud nació el 4 de Marzo de 1810 en Reims. Era hijo de Bartolomé Alibaud, carruajero, y de Teresa Magdalena Barrière. En la revolución de Julio estuvo en el 15.º regimiento de infantería de guarnición en París. Abandonó el servicio en 1832, y viajó, instigado por el terrible pensamiento, que lo sacó fuera de sí, de matar al rey.

Durante tres años que empleó en sus viajes, en vez de abandonar este proyecto su mente, se arraigó en ella cada vez mas y mas. El 17 de Noviembre de 1835, volvió á entrar en París.

Todo estaba resuelto, solo que era tan pobre, que le faltaba dinero para comprar la arma, con ayuda de la cual había de ejecutar el crimen. Entonces fué cuando se presentó en casa de Devisne en calidad de un dependiente que viajaba, el cual le confió dos docenas de bastones-fusiles. A los quince días despues de esto, se los devolvió todos, á escepcion de uno que guardó para sí, y de cuyo precio se reconocía deudor.

Esto pasaba hácia fines de Febrero.

El 27 del mismo, entró en calidad de criado en casa de un

traficante en vino, con el sueldo de cuatrocientos francos anuales, comida y casa. El 23 de Mayo siguiente, salió de dicha casa y se fué á vivir á un cuarto, amueblado de la calle des Marais-Saint-Germain, en el que vivia aun el 25 de Junio, dia en que fué cometido el atentado.

Durante su viage habia tenido lugar Alibaud de señalar su valor, valor incontestable, y de una manera singular de resultas de una querrela que tuvo en Perpignan donde habia recibido un bofetón. Sus amigos que conocian su bravura, no ponian la menor duda en que se batiese, cuando él, sacudiendo la cabeza:

—Batirme!.. dijo, oh!.. no! tengo otra cosa mejor que hacer.

Tres dias despues, en efecto, partió para Paris en donde el crimen que intentó dió la esplicacion de la mision siniestra que seguia abandonando Perpignan.

Inmediatamente se comprendió que era menester acabar con semejante hombre.

El 25 de Julio, dia mismo del atentado, la cámara de los pares se constituyó en corte de justicia.

Le invitaron á que nombrase los gefes y miembros de la conspiracion.

—El gefe, es mi cabeza, dijo, los miembros son mis brazos.

Alibaud habia escogido, ó recibido de oficio para abogado á Carlos Ledrú.

No habia otro medio para defender á un hombre que confesaba su crimen y se gloriaba de él, que el de apelar á la clemencia del rey, y Carlos Ledrú citó el caso de Augusto y Cina.

A estas palabras del defensor, Alibaud se levantó con vivacidad.

—Señores, dijo, yo agradezco mucho á mi abogado su buena intencion; pero yo jamas he tenido ni el deseo ni la voluntad de salvar mi cabeza; mi intencion es como se ha visto bien, pues no he tratado de huir, mi intencion era la

de entregáosla legalmente, creyendo que vosotros la hubiérais tomado de la misma manera, ¡un conspirador, ó logra su empresa ó muere! Y tenia, para con Luis Felipe I el mismo derecho que tenia Bruto contra César.

Fué interrumpido por los rumores de la cámara.

—El regicidio, continuó alzando la voz, el regicidio es el derecho del hombre que no puede obtener justicia mas que por sus manos.

No era una defensa semejante la que queria M. Pasquier ni la cámara alta. Impusieron silencio á Alibaud.

No habia que tener la menor duda sobre la clase de sentencia que seria pronunciada. Alibaud fué condenado á la pena de los parricidas.

Alibaud rehusó poner su demanda pidiendo gracia; pero Carlos, este hombre, que todo es imaginacion y que por eso sin duda ha sido tan fuertemente calumniado, Carlos Ledrú escribió al rey:

“Señor,

“Alibaud, estando decidido á morir, á pesar de la necesidad que tiene de consolar á su anciano padre, vengo yo para llenar esta mision santa á suplicaros dirijáis una mirada de compasion sobre el pobre condenado, cuya firme resolucion hará mas brillante aun la gracia que V. M. derramará de lo alto de su trono. Era imposible, señor, el vencer la obstinacion de un hombre que despreció tanto la vida para querer prolongarla un solo dia. A mí me ha parecido que, si es deber de todo ciudadano perdonar á su enemigo, es digno del primer ciudadano del Estado, el perdonar á su asesino.”

La demanda fué rechazada.

Era un domingo por la mañana, cuando Carlos Ledrú recibió esta noticia, y corrió á casa de M. Sauzet para depner una demanda de casacion.

M. Sanzet respondió que no se demandaba en casacion, contra una sentencia de la cámara de los pares.

Alibaud pasó el día del domingo, ya meditando ó ya cantando las canciones del país. Reconciliación estraña aquello que el hombre que va á morir trae á su memoria mejor y con el mas grande placer, son los primeros recuerdos de su juventud.

El lunes, al amanecer, el abate Grivel entró en la prision del condenado.

Dormia con la mayor tranquilidad. La luz de la lámpara que ardía aun cerca de él, se reflectaba sobre su hermoso rostro, firme y sereno á la vez.

Se hubiera dicho que estaba ya muerto, y muerto sonriendo.

¡Qué diferencia entre este hombre y Fieschi, cuyo calabozo ocupaba!

El abate Grivel le despertó.

Entonces el confesor y el paciente, cambiaron las palabras supremas; mas fué inútil todo cuanto hizo el hombre de Dios para traer á Alibaud al arrepentimiento.

Como no hubiese tomado nada hasta entonces, ni manifestado deseo de tomar algo antes de su ejecución, el abate Grivel ofreció á Alibaud un vaso de vino de su país.

Alibaud aceptó; pero apenas hubieron sus labios tocado el vaso cuando lo apartó.

Una idea acababa de pasar por su imaginación. La de que habían mezclado á aquel vino algunos polvos enervantes que, al momento de morir le quitasen la fuerza física ó el valor moral.

El digno sacerdote adivinó su pensamiento, tomó el vaso, bebió la mitad y lo dió á Alibaud que lo concluyó.

A las cuatro de la mañana llegó el ejecutor. Hicieron bajar á Alibaud á la piecesita de la ante-escribanía. Su rostro era siempre el mismo: pálido y orgulloso. El solo calofrío que corrió por sus venas, fué cuando las tijeras que cortaban sus cabellos tocaron su cuello; mal que no duró mas que un instante y fué reemplazado por una sonrisa.

Entonces le echaron sobre la espalda un peinado blanco y despues un velo negro sobre la cabeza, y acto continuo se pusieron en marcha hácia la plaza de Saint-Jacques.

Eran apenas las cinco de la mañana. Si no era todo ya oscuridad en las calles, si todo era aun soledad, solamente al acercarse al cadalso, en aquel punto especial, la ciudad parecia vivir y temblar de horror. Un regimiento entero rodeaba el cadalso.

Alibaud bajó. El ejecutor le levantó inmediatamente el velo negro que le ocultaba. Se le leyó la sentencia la que escuchó tranquilamente, y despues subió sin necesidad de ayuda las gradas del cadalso.

Llegado que fué á la plataforma, se adelantó hasta su orilla gritando:

—Franceses, muero por la libertad.

Algunos segundos despues, su cabeza estaba separada de su cuerpo.

Al momento de dar á la tierra los despojos de Alibaud, el sepulturero del sombrío cementerio, tomó la cabeza por sus largos cabellos negros y la enseñó al pueblo, diciendo á los pocos espectadores que habían seguido la carreta mortuoria hasta allí:

—Bien lo veis: esta es en verdad, y no otra, la cabeza de Alibaud.